

Apreciados paisanos y amigos todos:

Juan José Fernández Delgado

Hoy es uno de los días grandes para Aldeanovita porque tiene la oportunidad de manifestar su condición de agradecida. Por ello, es uno de esos días en que me oigo decir que soy más rico que el día anterior, pues lo digo cuando llega alguna **comodidad para el pueblo**, por ejemplo, el *adecentamiento de las aceras*, la *fila de farolas* que se inicia donde estaba el molino y también el pinete, que significaba el fin del mundo para unos y el inicio para cuantos buscaban horizontes vitales más amplios; la *residencia de mayores*, la *piscina*, el *centro médico*, etc.-, o cuando acudían **noticias y realidades que reafirman el nombre del pueblo**: la *gasolinera* y el *bar-restaurante*, que daba de comer a propios y extraños, la *quesería* con cuyos productos he triunfado en muchas partes del mundo; el haber puesto a buen recaudo aquel *espléndido sarcófago* que durante tantos años ha servido de abrevadero en el pozo del común que está al principio del camino a Fuentes; la “*estela del guerrero*”, con la que el nombre de nuestra Aldeanovita se ha introducido en numerosos foros y museos de arqueología internacionales; el hecho mismo de que nuestro pueblo sea el municipio de España con *mayor número de titulados*, etc., o, en fin, al ocurrir algún **suceso tan extraordinario como éste en el que inauguramos el aula-museo** con el nombre de uno de nuestros distinguidos paisanos. Todo ello, digo, me llena de satisfacción y me hacía decir que cada vez era más rico. Y todo ello, conjuntamente, y el acto que hoy nos convoca me permite afirmar que me siento muy orgulloso de haber nacido aquí, porque ello me hace ser como soy, y me rodeo de gente trabajadora, honrada, diligente y generosa y agradecida.

Y el acto que hoy nos convoca, distinguido por la sencillez y el sentimiento de gratitud, es de los que hace más honrado a nuestro pueblo, y por ello debemos estar todos orgullosos. Y debemos estarlo por varios motivos: porque el pueblo de Aldeanovita agradece a este extraordinario pintor ruso, Vladimir Strashko, llegado desde Kustaísia, ciudad lejana y fría de Georgia, la suma generosidad que ha tenido al regalarnos las impresionantes pinturas-murales que adornan el ábside y los dos laterales de la iglesia a

cambio de nada, por el necesario sustento; y porque agradece también a nuestro generoso y muy estimado paisano, José López Santamaría, Pepe para todos, las imprescindibles e inexcusables gestiones para que esta extraordinaria obra de arte se llevara a cabo, dando su nombre al aula-museo permanente que ahora inauguramos. Y lo que colma y culmina el acto que en esta ocasión nos cita y convoca es que en esta idea del aula-museo se encuentran unidos de manera indisoluble el artista con sus objetos de trabajo, y sus escritos y fotografías y una pequeña muestra de su obra y, también, con numerosos recuerdos de su estancia en el pueblo, el imprescindible móvil de todo ello, José López Santamaría, Pepe, y nuestro pueblo, que lo acoge: los tres grandes artífices de este fantástico mural, cada uno desde su posición, claro.

Y debemos sentirnos también muy satisfechos porque la alcancía en que guardamos nuestros afectos se ha ensanchado con la realización de esta obra de arte, pues al contar con la amistad de Vladimir nuestra geografía afectiva se abre hasta aquellas tierras de Georgia, y hasta la península de Crimea, lugar reconocido por Vladimir como su patria chica. Y, en efecto, contamos con la amistad de Vladimir que, además de ser un artista-pintor de primer orden, es una persona entrañable, como demuestra con su trato y con sus escritos expuestos en el museo, en los que señala de manera muy especial la triple experiencia vivida en el pueblo: artística, vital y familiar. Haré sólo dos o tres referencias a esa triple experiencia: la primera se relaciona con el proceso de creación del mural, pues el magno resultado final en nada se parece a la idea originaria, una vez que se había pensado cubrir sólo la pared central del ábside de la iglesia “de forma bonita y expresiva y siempre de una manera bastante sencilla”, a causa del tiempo de residencia en España fijado en el visado del pintor. Pero este primer proyecto, aunque sumamente sencillo, resultaba mucho más dificultoso de lo previsto, pues la pared no estaba preparada para recibir una pintura mural, por lo que había que alisarla y, además, estaba encalada, *jalbegada*, se dice en Aldeanovita. Esto era en octubre de 1994 y el permiso de residencia expiró, y Vladimir dejó bastante avanzada la parte central, pero sin haberla terminado. Y a medida que crecía la obra, aumentaba la inspiración del artista y su generosidad se ensanchaba también, y la emprendió con los laterales para dar unidad al conjunto, con lo que logra una magna obra, toda una lección de alta teología en la que destaca la fuerza expresiva de las escenas representadas, el colorido y una impronta del arte bizantino, que se funde con reminiscencias renacentistas

y barrocas. La expresividad de los ojos y su viveza, el dominio de la luz, la perfecta plasmación de la anatomía... La combinación de lo real con lo simbólico, la plasmación de lo real conocido –paisaje, personajes, detalles terruñeros-, bien codeándose con lo evangélico, bien trascendido al plano angelical o convertido en personajes del antiguo testamento... Y entre todo ello, la elección de San Bartolomé y su martirio... Y como la inspiración aumentaba e impulsaba el instinto creador de Vladimir, la obra se prolongó en dos etapas más, con las que se llegó al 19 de noviembre de 2010, fecha en que dio por terminado el inmenso mural.

Aún añadido una nota más referida a su experiencia artística, a lo que significa esta obra para Vladimir. Dice en sus escritos: “Las pinturas murales en grandes templos de las ciudades, en las catedrales (...) son muy honorables y prestigiosas para cualquier pintor. Pero los trabajos en aldeas pequeñas tienen un encanto irrepetible. Aquí (...) el artista sabe para quién está pintando. Aquí no hay personas indiferentes y casuales. Todos participan en el proceso de alguna u otra manera. Personas creyentes con un sentido especial, pero también las personas poco creyentes y lejanas de la fe no se quedan indiferentes. Para todos es el acontecimiento de su aldea, su victoria y se convierte en parte de su propia vida”. Y contestando a “Vladimir, ¿estás contento?”, pregunta que *Pepe* le hizo, respondió: “Sí, don Pepe. Puede nombrar tres trabajos realizados por mí, como los más importantes y significativos: Pinturas murales en la iglesia de Aldeanueva de San Bartolomé, pinturas murales en la catedral de la ciudad de Ufá, en Baskiria y las de la catedral de Bakú, en Azerbaidzhán. Los tres trabajos en diferentes partes de Europa: la más occidental, la más oriental y la más sureña. Es decir, que Vladimir se sirve de su obra en nuestro pueblo para señalar el tercer ángulo del triángulo que forman los tres puntos europeos en que se encuentra su obra grande, su pintura-mural, porque algo muy distinto son sus bodegones, sus retratos, paisajes, iconos, motivos toledanos, etc., de lo que encontramos algunas muestras en el aula-museo.

En cuanto a su experiencia vital y familiar... Aquí rejuveneció para el amor con Alejandra, con la que tiene una Alejandrita; aquí le llegó la noticia de la muerte de su padre y, siendo ortodoxo, asistió a la misa que por su salvación aplicó el párroco del momento. Así lo recuerda: Una vez me preguntaron: “Vladimir, ¿Qué significa para ti esta pintura mural? Ahora yo puedo repetir aquella respuesta: Aquí,

trabajando en la pintura mural, encontré a la mujer que se convirtió después en mi esposa y en madre de mi hija (...). Aquí yo trabajaba en las paredes, cuando en el lejano Moscú nació mi hija, y yo trabajaba en las paredes cuando moría mi padre”. Y aquí le ocurrieron cientos de anécdotas, algunas de las cuales recoge en sus escritos, y a través de ellos, tengo que definirle como una persona “buena”, en el buen sentido de la palabra, como decía Antonio Machado, y como un tipo entrañable. Y como no aplico adjetivos a nadie si no son verdaderos, copio de sus escritos un par de anécdotas aquí vividas, pues así, entrañable, nos le presentan: “Una vez, dice, una pequeña y delgadita viejita me cogió de la mano. “Vámonos, Vladimir”, y me llevó sin soltar mi mano a su viejita casita. Subimos por una escalerilla tambaleante al desván, de donde ella cogió, sin prisa y con mucho cuidado, un trozo de queso que tenía sobre un tablero colgado, envuelto en un papel metálico, cogió la mitad y la volvió a envolver y la otra mitad me la dio a mí. “Para ti, Vladimir” (...). Aquel pequeño regalo de las manos viejitas es mucho más memorable para mí, que un fajo de billetes de las manos de los “nuevos rusos”, sobre los cuales mi memoria no se dio el trabajo de dejar ni una huella”. “Me acuerdo también, continúa, de las palabras conmovedoras por su sinceridad e inocencia, de la abuela Teresa, que dijo al ver las pinturas-murales: “Vladimir, nunca he estado en el museo del Prado, pero ahora que he visto estas pinturas me parece que he estado allí...”. “Los campesinos –continúa-,son la gente de la tierra, viejos y viejitas. Todos son nuestros padres y abuelos y abuelas. Todos tienen destinos parecidos. Aquí, en la España calurosa y allí, en la Rusia fría. Ellos son testigos, participantes y víctimas de la historia, ellos han vivido una vida difícil, trabajando para resolver problemas sencillos y claros: sobrevivir, alimentar la familia, criar y educar a los hijos. Con mucha facilidad puedo imaginar a mi padre y a mi madre entre los viejitos aldeanos de este pueblo, sentados en un banquillo tomando el sol. ¡Tendrían mucho que contarse unos a otros! A todas estas personas, después de todo, va dedicado este trabajo. Durante mi trabajo empecé a sentirme parte de este pueblo, y con todo derecho y fundamento puedo decir: mi Aldeanovita. Creo que estas anécdotas y estas confesiones justifican la calidad de entrañable que le atribuyo.

Y todo ello, el resultado final, la obra que contemplamos obedece a una conjunción casi milagrosa de muchas circunstancias: primero que un pintor de tan lejanas tierras acudiera a San Martín de

Montalbán llamado por un amigo; que allí, en ese pueblo monteño, coincidiera con Pepe, con nuestro apreciado paisano, y éste le propusiera cubrir con su arte el ábside de nuestra iglesia y que Vladimir aceptase, simplemente, por amor al arte, de manera gratuita; conseguir los permisos necesarios del alto clero toledano y los reiterados visados de residencia... También aproxima el milagro el hecho de que Vladimir, al ver las circunstancias en que iba a trabajar, que no serían las más adecuadas, prosiguiera con su propósito iniciado. Pero lo que permite tocar el milagro con la mano es que la gente de nuestro pueblo, distinguida por su individualismo y, por tanto, ajena siempre a cualquier proyecto comunitario, y también señalada por su tibieza religiosa, se uniera y participara de múltiples maneras en el objetivo común: que se hiciera realidad en la iglesia la magna obra emprendida por Vladimir y que hoy admiramos entusiasmados y orgullosos, y orgullosos también de que gente fuereña la admire y se entusiasme y la comente en su lugar de residencia y de trabajo.

Así pues,

Vladimir, el pueblo de Aldeanueva de San Bartolomé, Aldeanovita, te agradece de todo corazón y de manera sencilla, tu decisión, tus esfuerzos, la superación de incomodidades propias de la vida aldeana, tu arte inmenso aquí reflejado con sellos orientales perfectamente combinados con lo artístico de occidente que no tiene parangón en nuestros alrededores hasta llegar a Guadalupe y a Talavera de la Reina, y nos permite hablar bien alto, refiriéndonos a nuestra iglesia, de “la capilla Sixtina de la Jara”. Por todo ello –por ser un artista extraordinario, por haber despertado para siempre a este pueblo para el arte, por ser tan entrañable y por considerarte uno más de nuestros paisanos y al pueblo como tuyo propio-, comunico que mañana, lunes, día 27 de julio, dejaré en el Ayuntamiento una moción, respaldada por la Asociación “Flor de la Jara”, en la que solicito al Sr. Alcalde que en el próximo Pleno del Ayuntamiento seas nombrado **hijo adoptivo** de Aldeanueva de San Bartolomé. Añado que esta misma moción solicita también, y con el mismo apoyo de la Asociación, el nombramiento de **Hijo predilecto** de nuestro pueblo a José López Santamaría por su iniciativa, las múltiples gestiones realizadas y por sus desvelos para que se realizaran y finalizaran las pinturas-mural de nuestra iglesia.

Y por supuesto, agradece también el pueblo de Aldeanovita al Arzobispado de Toledo por su disposición a que se llevaran a cabo las pinturas en la iglesia y por las facilidades que siempre ha dado para

la culminación de la obra. Resalto a este respecto que el obispo auxiliar de Toledo, D. Rafael Palmero Ramos vino a bendecir la primera fase de las pinturas en marzo de 1995 y, finalmente, D. Braulio Rodríguez Plaza, el arzobispo actual, bendijo la segunda fase en diciembre de 2011. Y a la Asociación “Flor de la Jara” que haya creado este aula-museo y le haya dado el nombre de nuestro paisano y que haya organizado este sencillo homenaje, y al señor párroco por cedernos este prodigioso marco para desarrollar el acto.

Así pues, Vladimir, Pepe, Asociación “Flor de la Jara”, señor párroco y señor alcalde, querido pueblo de Aldeanovita, Aldeanovita la bien nombrada, hoy es un día grande para todos nosotros porque tenemos la oportunidad de mostrar nuestro agradecimiento a quienes obran a favor de nuestro pueblo, por lo que estamos satisfechos al demostrarlo y orgullosos, en este caso, de la magna obra pictórica de nuestra iglesia y del museo que hoy inauguramos. Muchas gracias.

Y en el terreno de agradecimientos, para que no se lleve ni una página el demonio, considero que nos quedan, al menos, dos reconocimientos: dedicar una estatua al tratante de Aldeanovita y otra al emigrante, como representantes de las dos maneras de ganarse la vida en este pueblo hasta hace bien poco tiempo.

Gracias, Wladimir: (Un pintor ruso trabaja en la iglesia de Aldeanueva de San Bartolomé).

Juan José Fernández Delgado

Siempre que me he enterado de que han llegado novedades con comodidad para el pueblo –adecentamiento de las aceras, la fila de farolas, que se inicia poco más o menos donde estaba el pinete que significaba el fin para la vida aldeana y el inicio para el que buscaba nuevos horizontes, la residencia de mayores, la piscina, aunque podía ser mayor, etc., o de noticias y realidades que reafirman su nombre sobre los demás: la gasolinera y el bar-restaurante, el centro médico, una estupenda quesería con cuyos productos he triunfado en muchas partes, la “estela del guerrero”, con la que el nombre de nuestra Aldeanovita la bien nombrada ha llegado a numerosos foros internacionales, el hecho de que nuestro pueblo sea el municipio de España con mayor número de titulados, etc., todo ello, digo, me llevaba a sentirme cada vez más rico porque sentía que mi pueblo lo era en comodidad y prestigio. Y cuando tuve noticias de que un paisano nuestro que, además, para hacerlo más difícil, faltaba del pueblo más de cuarenta años, había conseguido, venciendo problemas de lejanía, de lenguas, de culturas y, luego, con el todopoderoso clero toledano, que un pintor ruso, ¡nada menos!, llegado de Kustaísia, ciudad de la lejana Georgia, viniera al pueblo a pintar gratis el blanco desorientado del ábside de la iglesia, y digo “desorientado” porque así quedó desde aquellos aciagos tiempos bélicos de 1936-1939 que dieron al fuego el histórico retablo que lo cubría, podéis imaginar mi entusiasmo y mi alegría.

Pero esto dicho así es decir bien poco, porque mi satisfacción fue y es múltiple por varias razones: porque algo muy arraigado en Aldeanovita estaba cambiando. Me refiero a su carácter individual que siempre nos ha distinguido, pues se ha unido todo el pueblo para colaborar con el realce de la iglesia, y cada vecino ha colaborado y participado como ha podido y ha deseado, pero todos en comunión con el mismo fin, a pesar de que el sentido religioso en Aldeanovita deja bastante que desear. También por el modo de cuajar esta idea hasta convertirse en realidad. Fue aquel verano cuando nuestro paisano José López, vecino de San Martín de Montalbán, al que nunca le acabaré de agradecer el pueblo sus gestiones para que contemos con esta maravilla pictórica en la iglesia, que nos permite hablar de la “capilla Sixtina de La Jara”, se presentó en el pueblo con esta oferta: si el pueblo quiere, un pintor ruso, amigo mío, pinta gratis el ábside de la iglesia. Debemos proporcionarle alojamiento completo, claro, y la pintura. Lo demás es de su cuenta, de su arte. Y así fue, y al cabo de un mes se encaramaban por el ábside ángeles recientes, figuras pías, personajes bíblicos, algunos demasiado próximos, escenas de la vida y del martirio de San Bartolomé... Todos iban apareciendo extrañados, pero amables por el recinto eclesial desde su impronta bizantina...

Recordamos también problemas burocráticos, pues el tiempo fijado para su residencia cumplía y las obras exigían prolongarse... Y otros problemillas también surgieron, porque el periodo de trabajo se prolongaba... Y hoy todo ello lo recordamos para hacer más ancha nuestra satisfacción al contemplar la obra concluida, radiante, visitada y comentada por numerosos entendidos y admirada por todo el que la contempla.

Así pues, por contar en la iglesia de nuestra Aldeanovita la bien nombrada con esta suprema obra jamás soñada, por la encomiable y nunca suficientemente alabada gestión de José López para que así sea, por el esfuerzo, la tenacidad y la generosidad de Vladimir y por el doble acto de generosidad del pueblo, de nuestra entrañable Aldeanovita –por haber hecho posible que la obra se llevara a cabo y por el homenaje que hoy tributa a los dos protagonistas, aunados en el museo que ahora inauguramos, pues se adecuenta con enseres de Vladimir y lleva el nombre de nuestro paisano, me siento muy orgulloso de ser aldeanoviteño.

Antes de concluir, quiero hacer votos por que aparezcan los doscientos dibujos, esbozos, bosquejos y diseños que Vladimir dejó en la última casa en que vivió, porque son suyos y para que se expongan en el museo y podamos comprar los que nos apetezcan, nos interesen o podamos comprar y una propuesta: que coloquemos una placa en la fachada de la casa en que nació Pepe, pues nuestro agradecimiento será imperecedero.

Sin sacar del baúl de los recuerdos el sobrenombre bélico de Aldeanovita, hemos de decir que se encuentra en sus confines un pintor ruso, Wladimir Strashko, llegado desde Kustaísi, ciudad de la lejana y fría Georgia, para pintar el ábside de la iglesia parroquial. Pero esto, dicho así, fríamente, es decir bien poco, porque eso no refleja la satisfacción de quien firma estas líneas, que es múltiple. Y es múltiple por varias razones.

En primer lugar, porque algo arraigado en la historia profunda de Aldeanovita está cambiando. Me refiero al carácter individual que siempre nos ha distinguido; de ello dan muestra, desde hace dos años, las múltiples peñas que se organizan en las fiestas patronales, integradas por treinta y cuarenta voluntades afines. ¿Cuándo ha existido en el pueblo una idea que aglutine tantos acuerdos amistosos?. Ahora se ha unido todo el pueblo para colaborar en el realce de la iglesia. Cada uno colabora y participa como puede y desea, pero todos en comunión con el mismo fin, a pesar de que el sentido religioso en Aldeanovita deja bastante que desear... También por el modo de cuajar esta idea hasta convertirse en realidad. Fue este verano cuando un paisano que vive en San Martín de Montalbán se presentó en las fiestas con esta oferta: si el pueblo quiere, un excelente pintor ruso, amigo mío, cubre gratis el ábside de la iglesia, desnudo desde siempre. Debemos proporcionarle la vivienda y la pintura; lo demás es de su cuenta, de su arte. Es, además, un excelente retratista, por lo que encargándole retratos estamos exentos de donativos rayanos en caridad mal entendida. Y dicho y hecho, porque ya lleva Wladimir un mes pintando los muros de la iglesia. Ángeles recientes, figuras pías, personajes bíblicos, escenas de la vida y del martirio de San Bartolomé van apareciendo, extrañados pero amables, por el recinto eclesial desde su figura orientalizada.

Pero existe un problema no pequeño: Wladimir tiene permiso de residencia sólo para un mes más, y las obras exigen toda la primavera. Esperemos que se resuelva convenientemente. Mientras, siguen llegando donativos para la pintura y encargos para el artista. Y si este gesto de Wladimir da explicaciones de la ancha generosidad de su corazón y nos conmueve y satisface, no es menos cierto que la satisfacción aumenta al ponerse de manifiesto que el becerril individualismo aldeanoviteño se trueca, a pasos acelerados, en espíritu comunitario y generoso también.

Así pues, Wladimir, por tu generosidad artística ofrecida a mi pueblo y por ser tu obra punto de encuentro de colaboraciones individuales hasta convertirlas en realidad comunitaria, te doy las gracias doblemente en nombre de mi Aldeanovita, Aldeanovita la bien nombrada.

Apreciados paisanos y gentes de mi Aldeanovita. Amigos todos.

Juan José Fernández Delgado

Con sumo placer he venido desde Lisboa a colaborar en este acto que más que de clausura considero de punto y seguido con el que conmemoramos la excelsa obra que nuestro amigo Wladimir Strashk ha plasmado en el frontal del ábside de nuestra iglesia, obra que no tiene parangón con ninguna otra de nuestra comarca, única y sin par, por tanto, en estos confines. Y ello nos debe alegrar por muchas razones: porque poseemos algo entre nosotros nunca visto ni imaginado, una obra de arte; porque, si bien es verdad que nos distinguimos por numerosas cosas -algunas más deseables que otras- de los pueblos de alrededor (emigración, genio e ingenio, inigualables en las operaciones del "trato", esforzados ante la adversidad, ahorradores, mayor número de gentes de carrera en toda España, etc.), ahora nos distingue esta obra de Wladimir que para sí quisieran nuestros vecinos; por tener algo excepcional que enseñar a quien nos visite ajeno a lo que ruralmente nos corresponde y por ser ésta la primera acción llevada a cabo en nuestra Aldeanovita por voluntad popular, ajena a intereses de pérdidas y ganancias.

En verdad, amigos, el placer y la satisfacción me invaden por múltiples motivos, por estas razones y por haber encontrado un amigo de alma generosa en tan lejanas tierras, que coge su maleta y se presenta en nuestro pequeño pueblo dispuesto a hacer arte, a darnos lo mejor que posee. Así, sin más, por razones de amistad con uno de nuestros paisanos. También, porque este paisano nuestro, a quien yo no conocía por ser mucho y espacioso el tiempo que falta de nuestro pueblo, y llamo amistosamente Pepe "Salero", no se ha olvidado de sus raíces, estrechas y enjutas de las que procede, como tampoco se olvidaron aquellos emigrantes que un día dispusieron sus miserias atadas con cuerdas de pita en sombría maletas de madera, aquellas maletas que habían estado encerradas en más de dos seminarios y habían hecho más de cuatro "milis", y cruzaron por obligación los Pirineos para regresar rehechos y eufóricos con la ganancia de todos sus sudores y desconsuelos dispuestos a renovar la faz del pueblo que les vio nacer. ¡Claro, que esta renovación no siempre se ha hecho con la medida y la prudencia ni la concordancia que exigía la fisonomía y esencialidad del pueblo!. A este respecto, amigos, hemos de reconocer que se han cometido verdaderas tropelías en esas operaciones de acoso y derribo y renovación mal entendida. Ahí está la desaparición de aquella robusta cruz de granito que se erguía en el altozano de la iglesia, y los soportales del Ayuntamiento, de arcos irregulares que declaraban su raigambre popular, y la esbelta torre que sobre ellos se alzaba, siempre acompañada por varios nidos de cigüeñas y advertida cada dos por tres del decir macizo del reloj que, precisamente, este año cumple cien añitos y para conmemorarlo ya os convoco. ¿Y nuestro pilón -el caño, de toda la vida-, ¿dónde está?, ¿Y los baños? ¿Nos queda algo más? Sí, esa piedra labrada y sellada

con una inscripción romana empotrada en un callejón sin salida, y nunca mejor aplicada esta frase hecha, porque, en verdad, el callejón donde se encuentra muere en sí mismo.

Existe, sin embargo, en nuestros lares un sarcófago, cuando menos visigodo, que es usado como abrevadero en el pozo semiseco del camino de Fuentes, y nos está acusando de continuo por nuestra falta de sensibilidad mientras no lo rescatemos y lo realcemos como se merece. Además -permitidme que también llame la atención públicamente-, estamos obligados a no permitir que salga del pueblo ningún objeto artesanal ni apero de labranza que hasta hace tan poco han estado servibles, pues por mucho que creamos que nos dan por ellos siempre será mucho menos de lo que valen y, lo que es peor, jamás los volveremos a tener. Creo, apreciados paisanos, que se deberían recoger todos y exponerlos en un museo local, como ocurre en tantos pueblos. Locales para ello tenemos: las escuelas de la plaza, utilizadas cada cuatro años para votar; el local mismo de la Asociación...

Pues bien, Pepe "Salero" se acordó de su pueblo y apeló a la amistad acudiendo a Wladimir. Y con la aceptación de este nuevo y generoso amigo nuestro, se presentó entusiástico en nuestra Aldeanovita en las fiestas de San Bartolomé y me contó el proyecto en una de estas mesas que ahora nos acogen. Naturalmente que alabé la idea y su generosidad y la anchura de su corazón desprendido. Y le di las gracias en mi nombre y en el de todos vosotros. "Pero -me decía-, ¿cómo va a fraguar esta idea tan idealista, tan sin sustancia económica aparentemente, tan ajena a los menesteres del trato, de ajusto y gana, en nuestro pueblo, acérrimo e individualista, al que yo he bautizado en mis escritos literarios como "Aldeanovita, la bien nombrada?". Oía el proyecto, pues, como quien oye llover, con menos fe que si fuera a Lourdes en peregrinación o a Fátima, que la tengo más cerca. Porque, recordad, el proyecto era para llevarse a cabo de manera inminente, y el artista estaba en su lejana Georgia, y todo dependía del hilo de la amistad y de la predisposición poco probable de todos nosotros.

Y aquí surgen nuevas satisfacciones para mí que, seguro estoy, todos compartís conmigo. A este respecto, ocurre desde hace bastantes años ya que ese individualismo becerril que nos ha distinguido -acuñado sin duda alguna porque la miseria de nuestras tierras nos ha impuesto la obligación de ganarnos el sustento de sol a sol, diariamente, con la conseja de no enseñar caminos a nadie-, está en franco declive, por fuerza y tesón generoso de una juventud desligada de aquellas épocas de carestía y rigor, juventud que empezaba a tener en más lo común que lo propio, dispuesta a compartir lo propio con el común. Y así se creó la nunca suficientemente alabada Asociación Cultural "Aldeanovita" que, si no cuajó, por malentendida, en el seno popular, amortiguó aquel individualismo y sentó las bases de lo comunitario. Y esta Asociación, sin arrojar la toalla, ha visto como se han unido de manera espontánea, hasta componer las numerosas "peñas" que festejan a San Bartolomé en cada ocasión, y cómo alguna de ellas ha venido estos carnavales al pueblo por el mero hecho de "aquí es donde debemos y queremos estar porque aquí es donde se nos necesita".

Así pues, amigos, el talante de nuestra Aldeanovita ha cambiado, lo que me alegra enormemente, y ello ha hecho posible que estemos conmemorando este momento artístico tan novedoso entre nosotros. La gratitud hacia Wladimir ha quedado salva y nuestra generosidad también, y nuestra reputación y nuestro ser como personas también. En cuanto a nuestra generosidad, tengo que recordar que siempre ha sido consustancial a nuestro pueblo, a pesar del individualismo que nos ha distinguido. ¿No recordáis, acaso, que las entrañables fiestas de San Bartolomé eran conocidas por estos alrededores como la fiesta "del pisto" porque ningún forastero se iba de ellas sin cenar, al menos, este ¡ay!, tan olvidado plato?

Sea como fuere, gracias a la generosidad popular y al espíritu colectivo que se ha impuesto ya en nuestra Aldeanovita, vemos ahora plasmada una magna obra de arte en el ábside de nuestra iglesia. Ahí está el tríptico frontal.